



Finalizando la tirada del presente número recibimos la grata noticia de que nuevamente un artista español triunfa en la Bienal de Sao Paolo.

Se trata de Modesto Cuixart, al que habíamos incluido en esta selección de pintores abstractos españoles y que ha obtenido en este certamen el Gran Premio Internacional al mejor pintor extranjero.

Desde estas páginas le enviamos nuestra más sincera felicitación en espera de poder publicar próximamente una información más amplia de su obra.



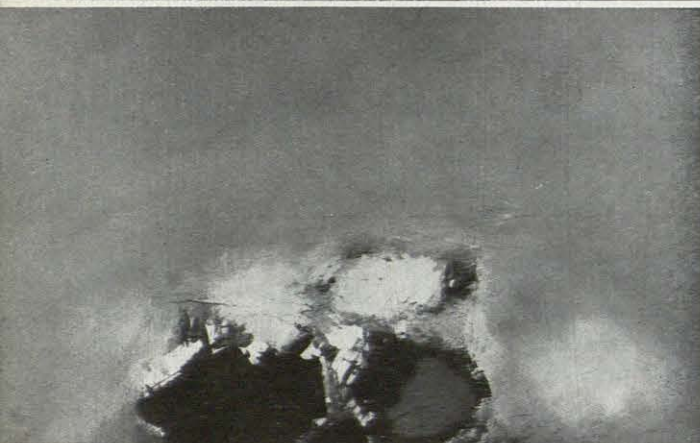
TAPIES: "Pintura" (1957). Galería Stadler.

La nueva pintura abstracta española, en el mundo

Manuel Conde

La inmediata realidad es ésta: desde hace algún tiempo, la pintura abstracta española, concretamente la de tendencia informalista, ha logrado en el extranjero un prestigio estético que cada día se afianza más.

No obstante, esta situación favorable de nuestra pintura más reciente no se corresponde, a excepción de algunos casos particulares, con una toma de conciencia definida en vista a una proyección organizada de este arte, dentro de un



panorama internacional, que implicase tanto los factores de carácter estético como los de orden económico.

Algunos de los pintores que mayor interés han despertado con su obra en las exposiciones de carácter internacional a las que España ha concurrido en estos últimos años, figuran ya en el catálogo de importantes museos y colecciones de varios países, pero es evidente que, salvo estos casos aislados, aunque lo bastante numerosos para ser sintomáticos, el gran momento de la pintura española de hoy aún no ha sido eficientemente comprendido.

Porque esta pintura, enraizada en los mejores aspectos de la tradición plástica española, tan rica y compleja, tan vital y extremosa, ofrece numerosas facetas, soluciones de radical originalidad dentro del vasto ámbito del arte contemporáneo.

Pintura de vigorosas inflexiones, decididamente barroca, como lo más sustancioso del espíritu creador del español; pintura sin "acarreo fácil", que diría Juan Ramón; tan esencial y tan cargada de contenido—de imágenes—que posiblemente plantee un problema nuevo dentro del informalismo: el replanteo de sus orígenes y de sus constantes estéticas, la valoración de las potencias más elementales y primitivas del hombre, hacia un orden posible, que hoy no tiene, pero que urgentemente debe conseguir.

Si consideramos que el arte es el testimonio más directo de la vitalidad de un pueblo, de su potencia creadora, convendremos en que España se manifiesta, a través de su plástica, y especialmente de su pintura informalista, como un país rigurosamente consciente de su espacio particular y del tiempo general del mundo.

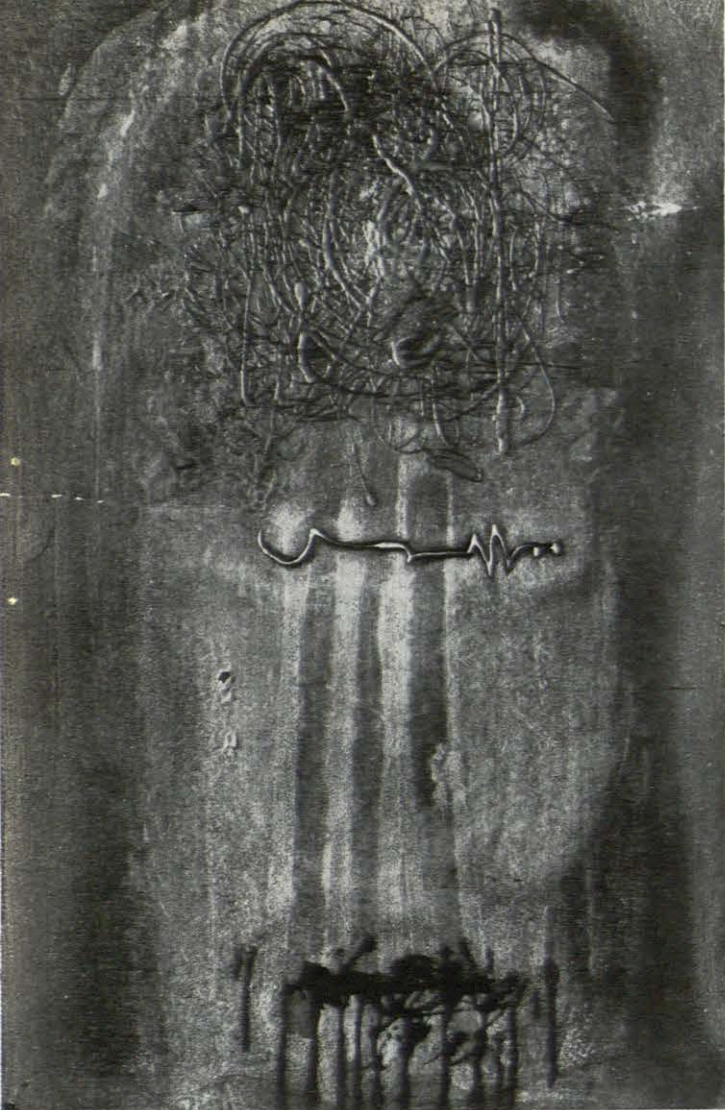
Evidentemente, otros países ofrecen un arte en el que se traducen, de una manera quizá más afilada y rotunda, realidades peculiares de la humanidad actual, pero no es menos cierto que pocos como España poseen un tan humano sentido de la pintura, cuyo trasfondo existencial se nos ofrece, en las obras de estos pintores abstractos, como un testimonio de su autenticidad.

1 LUCIO. "Gris sobre tabla" 1959. Galería Tooth. Londres.

2 FEITO. Gouache 1958. Galería Apollinaire. Milán.

3 CANOGAR. Pintura, núm. 34. Gemente Museum. La Haya.

4 LAGO. Pintura 1959. Exposición Museo Río de Janeiro.



1	2
3	4

1 CUIXART. Pintura
1959. Galería Rene
Drouin. Paris.

2 MENDEZ. Pintura.
Galería Tooth. Lon-
dres.

3 SAURA. Pintura.
Galería Silo. Madrid.

4 VIOLA. Pintura. Ga-
lería Silo. Madrid.



Hemos escogido, casi al azar, unas fotografías de varios de los pintores que han hecho posible la que podría llamarse "escuela informalista española", con tanto derecho como la "escuela del Pacífico", la "de París", etc.

Existe realmente una voluntad de escuela, un cierto módulo psicológico ordenador de formas, colores y espacios. Una austeridad voluntaria, a veces excesiva; un afán de romper el espacio del cuadro, de abrir otras zonas al espíritu, que sin duda se corresponden con profundos anhelos del alma de la raza. Con su dualismo entre el bien y el mal, entre la oscuridad y la luz.

Con la obra de todos estos pintores aquí representados, y con la de otros más que por limitaciones de espacio no ha sido posible incluir, podría establecerse un vasto horizonte de posibilidades plásticas, de incalculables desarrollos.

Del lírico mundo vegetal, perfumado y tibio, de la pintura de Lago, pasamos, bruscamente, al rictus sangrante, convulsionado, revulsivo y atroz, impacto directo en el espíritu, de las arpilleras de Millares. De la intensidad rítmica, tensa como un grito cristalizado y nocturno, de

las caligrafías occidentales de Saura, a la serena nobleza, de montaña hendida por siglos y lluvias, y donde el hombre puede hallar el fuego y su calor, de las maderas talladas de Lucio. Desde la opulencia de materia dúctil, penetrante y fina como un cantar flamenco, de los encauchados metafísicos de Viola, hasta la última mancha negra sobre el blanco frío de los muros de Castilla, de los enjutos esquemas de Méndez, sonando a muerto, a silencio por dentro, en la campana íntima de su paisaje interior.

Tapies, inagotable investigador de presencias mágicas en la realidad más humilde y cotidiana; Canogar, extraordinario pintor, que modula la materia con el virtuosismo de los antiguos maestros españoles; y Cuixart, tan arcaico y expresivo como Feito refinado y cósmico, ofrecen amplio margen a la meditación sobre la originalidad de cada uno de ellos, sin duda una de las características mejores de esta nueva pintura de España, situada ya en un plano de vigencia internacional.

MILLARES. Cuadro 1959. Galería Daniel Gordier. París.

